

DOMINGO V DE CUARESMA (Ciclo B)

Próximos a la celebración de la Pascua, las lecturas de hoy nos recuerdan el carácter central de este misterio. En el profeta Jeremías escuchamos la queja de Dios porque el pueblo es incapaz de guardar la Alianza. El pacto con Dios es sistemáticamente incumplido. ¿Cómo responde Dios? Anunciando la posibilidad para el hombre de ser fiel a lo que Dios espera de él. ¿De qué manera? «Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones». Dios nos enseña a obedecer. Para ello elige un camino que es el de la propia humillación de su Hijo. Para que fuéramos capaces de responder a lo que Dios pide de nosotros, dice la Carta a los hebreos que el Hijo «aprendió, sufriendo, a obedecer».

Cuesta entender el sacrificio de Jesús. Sobre todo si se considera totalmente separado de su amor al hombre. Jesús no se «excede» en su entrega al Padre simplemente para mostrarnos la inmensidad de su amor y de nuestro pecado. Hay más: con ello se nos indica un método para nosotros, y se nos invita a seguirlo. Así lo anuncia el evangelio de este día: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

La cruz es el medio de la salvación y el camino del redimido. Porque la obediencia del cristiano no puede separarse de la del Maestro. En la alusión que hace la segunda lectura a la oración del huerto de los Olivos, resulta consolador ver la lucha de Jesús por doblegar humanidad desobediente a la voluntad del Padre. En esa lucha y su victoria se rectificó el curso de la historia. Jesús no llevó a cabo el plan de salvación haciendo obedecer a otros, sino aceptando Él mismo cumplir la voluntad de Dios. El misterio Pascual nos permitirá, a través del Calvario y por la resurrección, pasar de esclavos desobedientes a hijos fieles. Y eso se nos concede como don. Porque para nosotros, obedecer en todo a Dios no es sino unirnos a la obediencia de Cristo.

El Hijo elige la gloria del Padre, por eso no pide que pase su hora. El cristiano busca también la gloria de Dios. Ello comporta morir a uno mismo, «si el grano de trigo no muere...». Ello conlleva lucha. De esa manera, el cristiano, como indican las prácticas cuaresmales, debe mantenerse firme en la lucha para aprender a obedecer, es decir, para perseverar en la libertad que Jesús nos ha ganado.

Luchamos por defender nuestros derechos, por mejorar nuestras condiciones de vida; nos esforzamos por las personas que queremos y, si nos acomete alguna enfermedad, somos capaces de esfuerzos complementarios que nos permitan recuperar la salud. Todas esas luchas son buenas y nacen de la percepción de que no debemos perder algo. Indican que amamos la vida y deseamos el bien. La ascética cristiana nace también de la consideración del don de Dios y se ordena, en primer término, a su conservación y crecimiento en nosotros. Lo que la distingue de los otros combates que realizamos en la vida es que lo realizamos con Cristo. Se vence en la medida en que se permanece en la cruz, hacia la que somos atraídos por lazos de amor.

El final de la Cuaresma nos lleva a fijarnos en el Calvario, que es donde culmina, para aparecer con Cristo de nuevo en la Pascua. El camino ha de ser completado, de ahí la invitación persistente de Jesús a permanecer junto a Él. Como permaneció la Santísima Madre de Dios, la Virgen de los Dolores, nuestra Madre.